

Javier Marías

La zona fantasma, 2012

Artículos

Recopilación de los artículos publicados en el suplemento dominical de «El País» durante 2012. El contenido se ha obtenido a través de javiermariasblog.wordpress.com

1. El horror narrativo

Ahora que empieza un nuevo año, y además con un nuevo Gobierno que ni se ha estrenado, quizá no esté de más recordar la volatilidad y fragilidad de nuestras acciones y la desmesurada importancia de los finales. En mi novela *Tu rostro mañana* el personaje principal hablaba de eso, y lo calificaba de «horror narrativo» o de «repugnancia narrativa», si no me equivoco, y se lo atribuía sobre todo a aquellos personajes públicos que tienen demasiada conciencia de serlo y que se preocupan por el conjunto de su historia y el acabamiento de su figura, por cómo lucirán una vez que su retrato esté completado (ninguno lo está hasta la muerte, y a veces incluso varía póstumamente, por ejemplo cuando se descubren secretos que en vida se lograron mantener a buen recaudo). Esos individuos son conscientes de que cuanto hagan y consigan a lo largo de su existencia, sus méritos, hazañas o servicios prestados, pueden quedar eclipsados e injustamente olvidados no ya por una felonía o desliz cometidos a última hora —que por supuesto—, sino por un final excesivamente espectacular, del cual acaso ellos no tengan ninguna culpa, sino sean meras víctimas. En aquella novela se hablaba también del «complejo Kennedy-Mansfield» para denominar ese temor. Poco importa lo que llevara a cabo el Presidente John F. Kennedy durante su breve mandato ni con anterioridad; poco las ilusiones y expectativas que despertó: su asesinato fue tan chillón que, por así decir, es lo primero que se asocia con su persona y tiñe o borra lo demás. A Kennedy se lo cargaron en Dallas, eso es lo único que, al cabo de tantos años (pero desde ha-

ce ya muchos), permanece en la memoria colectiva de la gente. Se podría afirmar que su biografía ha quedado reducida a su ultimísima escena a causa de lo llamativo de ésta. Sobre el caso de Jayne Mansfield (incomparablemente menos famosa y recordada ya sólo por mitómanos como yo), hay una larga explicación en esa novela, no toca repetirla aquí.

Son incontables más, desde luego, los afectados por ese «horror». John Lennon, por mucho Beatle que fuera y aunque sea considerado un gurú por una multitud, es vinculado al instante con su asesinato a manos de un enfermo *fan*, es lo que prevalece. A quienes aún recuerdan al actor James Dean su nombre les trae a la memoria, antes que sus pocas películas, el hecho de que muriera muy joven en accidente de coche, y algo parecido sucede con Marilyn Monroe, que dispuso de más tiempo y más películas: éstas no están olvidadas en absoluto, y su historia y sus vicisitudes son rememoradas y reconstruidas sin cesar, pero todo lo preside su suicidio, que no pocos han querido convertir en asesinato, para darle aún mayores misterio, dramatismo y relieve. La cosa se remonta más lejos: para el aficionado a la poesía, es imposible que Keats, Shelley y Byron no vayan unidos al conocimiento de sus prematuras muertes (sobre todo las de los primeros), y junto al apellido Rimbaud aparece en el acto la noción de sus precoces desdén y abandono de la literatura, su desaparición, y su oscura conversión en traficante de armas y seguramente de esclavos, es decir, en personaje novelesco, con apariencia de ficticio. Y el nombre de Larra invoca como un relámpago su pistoletazo a los veintisiete años. Hasta Jesucristo es indisociable de su final aparatoso, de su ejecución en la cruz. Es más, en su caso, de no haber muerto de forma violenta y temprana e injusta, no habría adquirido la trascendencia que tiene, ni siquiera sería una deidad; por mucho que se relaten y repitan sus dichos y hechos, lo fundamental es su manera de morir, su conclusión. Y otro tanto ocurre con quienes no

fueron víctimas sino verdugos. Los libros del filósofo Althusser están tiznados por el hecho de que estranguló a su mujer; «tiznados» significa difuminados, ensombrecidos por su crimen. Y del novelista Céline no cabe articular tres frases sin que salgan a relucir su odio visceral a los judíos y su colaboración con los nazis.

Quienes no son personajes públicos también van construyendo, con mayor o menor deliberación, sus vidas como un *posible* relato, aunque éste vaya a ser sólo de consumo doméstico o circulación familiar. Quien más quien menos obra a veces —no siempre, claro está— de una u otra manera con el siguiente pensamiento en la mente: «De mí no se podrá decir... tal o cual cosa», lo que quiera que nos horrorice que de nosotros pudiera decirse. Y sin embargo toda esa meticulosa construcción más o menos consciente de la propia historia o de la propia figura, así como los logros y merecimientos, pueden quedar arrasados por una sola desgracia o un solo oprobio de los que no tenemos ni que ser responsables, como no lo fueron Lennon ni Kennedy de sus asesinatos espectaculares, Jayne Mansfield o James Dean de sus truculentos accidentes automovilísticos. En realidad ni siquiera hace falta que el hecho determinante de la vida de alguien tenga lugar al final, aunque sin duda lo sea más —por irreversible y definitivo— si coincide con el término de esa vida y la clausura. Ya lo señaló Ferlosio hace muchos años: en las narraciones lo último se aparece siempre como lo verdadero. Y yo aún diría más y peor: como lo configurador. Pero de por qué puede venir a cuento todo esto en la actualidad, habrá que hablar quizá en otra ocasión.

Javier Marías. 8 de enero de 2012.

2. Quién quiere reputación

Hablaba el pasado domingo del peligro de los finales aspa-ventosos, de cómo éstos —se los busquen los individuos o no— tienden a quedar como lo más verdadero de toda una vida, como lo configurador y definitorio e inamovible, a la manera en que lo hacen los desenlaces de las novelas, los cuentos, las películas y los dramas. De cómo lo que se recuerda de los seres reales se asemeja, más de lo razonable, a los destinos de los personajes de ficción que perduran en nuestra memoria. Las tempranas muertes de Kurt Cobain o Amy Winehouse los caracterizarán ya para siempre tanto como a Romeo y Julieta su tonto sino trágico, y que Elvis Presley muriera como murió —en el cuarto de baño y con vómitos, al parecer— condicionará tanto el conjunto de su figura como estará condicionada la de Madame Bovary por el veneno que ingirió y le provocó una muerte atroz, grabada en la mente de todo lector de Flaubert. En las creaciones literarias o cinematográficas —en las narrativas—, los hechos están abocados a ser los mismos durante toda la eternidad, es decir, mientras haya lectores y espectadores: Don Quijote y Macbeth murieron como murieron y no hay vuelta de hoja; no habrá nunca duda de quién fue el hombre que mató a Liberty Valance; nadie podrá alterar la última palabra del ciudadano Kane, que fue y será «Rosebud» sin remisión.

Solemos creer que las vidas reales no están tan atadas ni determinadas, que casi todo tiene remedio o mentís o enmienda o rectificación, fingiendo ignorar que nuestro término puede encontrarse a la vuelta de cualquier esquina y

que puede ser —mala suerte— lo bastante dramático o espectacular para borrar o teñir cuanto hicimos antes, a veces con esfuerzo y dedicación. Pero, si aceptamos que el resumen de nuestras existencias será siempre breve —como corresponde a la palabra «resumen»— y destacará unos pocos elementos —los más llamativos o fáciles de recordar, no por fuerza los más dignos—, deberíamos llevar cuidado no sólo con nuestro final, que a menudo nos es imposible prever y controlar, no digamos escenificar, y detrás del cual no viene nada ni hay más oportunidades, sino con casi cualquier hecho escandaloso o chillón, porque puede acabar siendo lo único a lo que se nos asocie, mientras se guarde memoria de nosotros, claro está.

En este sentido resulta asombroso que tantos sujetos se arriesguen tanto. Nada de lo que hiciera o haga en el futuro Roldán, aquel director de la Guardia Civil, contará lo más mínimo al lado de su robo monumental, será esto lo que aparezca al instante unido a su nombre. Es probable que, con ser mucho menos grave, e independientemente de su condena o exoneración, a Camps lo persigan sus trajes hasta la tumba y más allá, como a Strauss-Kahn su camarera africana, si es que alguien se acuerda de esos dos más allá. Nixon tuvo una larguísima trayectoria política, pero su perjurio en el caso *Watergate* (un asunto en verdad nimio a la luz de tanto espionaje impune como ha venido después) es lo único que acude a la cabeza de la gente al oír o leer su apellido. Hay baldones y manchas que se extienden de tal manera que oscurecen, cubren, barren, aniquilan todo lo demás. Una persona puede haber realizado grandes obras y haber sido benefactor de la humanidad, que todo eso quedará tapado por una sola falta o tacha de envergadura; todo eso *no contará* y será como si no hubiera existido. ¿Injusto? Sin duda, con frecuencia. Pero así es como va el mundo, del que jamás se ha dicho que fuera justo.

¿Cómo es, pues, que alguien como Urdangarin, yerno del Rey —por mencionar un caso conspicuo, pero en Espa-

ña hay incontables más—, se haya arriesgado así, independientemente de que a la postre salga absuelto de cuanto se le imputa? A efectos de lo que hablo, poco importará que se lo declare inocente o culpable. Dado que no es un personaje «dinámico», cuyos logros profesionales estén a la vista de todos y vayan a continuar (no es un deportista en activo, un Nadal cuyos futuros triunfos pudieran difuminar o disipar la mácula; ni un actor, o un escritor), su figura estática, mera comparsa de un símbolo, quedará, como mariposa, para siempre prendida con el alfiler del escándalo al que ahora da nombre, y en su biografía no habrá más para el común de las gentes, esto es, para la siempre despiadada y superficial memoria colectiva.

Se me ocurren sólo dos explicaciones, para correr tanto riesgo. Una es la conciencia que vamos teniendo de lo que acabo de exponer: si uno puede ser intachable a lo largo de su vida, y eso no va a contar ante el primer desliz llamativo o ante un final desdichado y espectacular del que acaso ni seamos responsables, ¿para qué tomarse molestias, para qué portarse bien si eso no nos asegura un relato póstumo satisfactorio? (Y además la calumnia acecha siempre). La otra es la más probable, en mi opinión: a demasiada gente ha dejado de preocuparle cómo será recordada —lo que se llamaba su «buen nombre»—. Le trae sin cuidado lo que se piense o diga de ella, más aún cuando esté muerta. Eso es una bagatela en comparación con los beneficios obtenibles en vida. Cuando se habla de la falta de escrúpulos actual, o de moral, o de ética, no suele traerse a colación el siguiente factor que las propicia: estamos asistiendo al desprestigio y desaparición de algo que tuvo fuerza y frenó y disuadió de tantas conductas, al menos desde que se escribe la historia y hay registro de los hechos. Estamos asistiendo al fin de lo que acostumbraba a llamarse «la reputación».

Javier Marías. 15 de enero de 2012.

3. La esfinge asiria

Cuando escribo esto, hace casi dos meses que se celebraron las elecciones generales con el aplastante triunfo del PP, y desde entonces tengo la extraña sensación de que toda la vida nacional estuviera en sordina, como si sobre ella se hubiera extendido uno de esos mantos de nieve que llevan a la gente a mirar caer embobada los sigilosos copos, resguardada tras las ventanas y miradores, con un respetuoso o pasmado silencio. El griterío permanente de los últimos años ha cesado como por ensalmo, lo cual es prueba irrefutable de que la vociferación viene casi siempre de la derecha, cuando no está en el poder. Así fue en la época de la crispación, entre 1993 y 1996: en la primera de esas fechas el PP creyó que se alzaría con la victoria, y, como no fue así, sus portavoces y conspiradores se pasaron tres años maldiciendo y calumniando a diario. Así fue también tras la victoria del PSOE en 2004: toda la legislatura fue un incesante escándalo, se puso en cuestión la legitimidad del Gobierno un día tras otro y se lo acusó de las más rocambolescas maniobras imaginables en relación con los atentados del 11-M. Supongo que será prioridad del nuevo director de la Policía, Cosidó, reabrir aquella investigación, ya que se contó entre los que no creían que la matanza hubiera sido obra exclusiva de terroristas islamistas. Espero con impaciencia el resultado de sus pesquisas, desde el cargo de máxima responsabilidad que ahora ocupa.

Sí, todo se amortigua cuando gana el PP. Los que pierden frente a ellos tienen mejor perder, es innegable. Pero también ha contribuido al silencio —al manto de nieve— la

magnitud de la derrota socialista y el consiguiente aturdimiento de ese partido. Que se encuentra como un púgil noqueado, lo demuestra que muchos de sus responsables estén considerando ponerlo en manos de alguien tan engreído y vacuo como Chacón —cuya mayor capacidad de expresión son sus pucheros—, para así convertirlo en una fuerza residual, sin la menor posibilidad de volver a gobernar. Y la mayoría absolutísima del PP —también en las autonomías y ayuntamientos— ha dado lugar a una especie de fatalismo entre la población, y de parálisis en consecuencia: harán lo que quieran, nadie les podrá coartar ni discutir ni poner condiciones a cambio de apoyo, porque esta vez no precisan de ningún apoyo, se bastan y se sobran con sus escaños, no han de tener en cuenta a nadie. Quizá por eso no se rechista ni se les reprocha apenas que hayan subido los impuestos a toda velocidad —más a las clases medias que a las grandes fortunas— tras jurar que eso nunca lo harían, sino si acaso bajarlos; ni que hayan congelado el salario mínimo, y el de los funcionarios, y hayan reducido las pensiones (incrementarlas un 1% es reducirlas, dado el aumento superior del coste de la vida o IPC); ni que ya no prometan la creación masiva de empleo, ni que no digan palabra sobre la situación de una de sus Comunidades emblemáticas, la Valenciana, que amenaza precipitada ruina tras lustros de control del PP y fastos ridículos y corrupción endémica y destrucción del litoral.

Pero tal vez haya algo más para explicar este extraño enmudecimiento general. Hasta cierto punto, parece una réplica del Presidente del Gobierno Rajoy. Personalmente, siempre me ha parecido un cabeza hueca, y así lo he manifestado en alguna ocasión: un hombre sin ideas y desde luego sin ímpetu, sin capacidad para entusiasmar a la gente, ni siquiera para crearle ilusión o esperanzarla. Eso no quita para que, consciente de sus limitaciones, pueda poseer cierta astucia. La astucia clásica de las personas sin ideas consiste en hacerse la esfinge: permanecen calladas

mientras los demás parlotean, se muestran enigmáticas e inescrutables, consiguen que los otros se mantengan a la expectativa de sus escasos pronunciamientos, a los que se acaba por dar valor sólo por eso, por su escasez. Siento decirlo —y con ello no insinúo en modo alguno que la política de Rajoy vaya a tener nada que ver con la de un dictador—, pero la actitud que hasta ahora está adoptando me recuerda, de lo que yo he conocido, más a la de Franco que a la de ningún otro gobernante posterior. Los jóvenes lo ignoran y los maduros lo van olvidando, pero aquel aciago individuo era así: hermético, imperturbable, cazarro, frío, taimado. Sólo hablaba en discursos memorizados, rutinarios, huecos. Lanzaba a sus ministros por delante, los hacía quemarse, los nombraba o destituía sin dignarse comunicárselo (eran famosas las visitas de un motorista con la notificación del cese). Y, por supuesto, jamás se rebajaba a dar explicaciones a nadie, y menos que a nadie a la prensa y a los ciudadanos, que eran meros sojuzgados. Rajoy —quién si no— ha tomado ya unas cuantas medidas duras y ha incumplido no pocas de las promesas de su larguísima campaña electoral. Él, sin embargo, anda desaparecido, no ha dicho «esta boca es mía» y se lo ha dejado todo a sus subordinados, como si nada fuera con él. Se está haciendo la esfinge asiria (éstas eran barbadas, a diferencia de las egipcias y griegas). Por culpa de Oscar Wilde, a la palabra «esfinge» le sigue a menudo la expresión «sin secreto», casi sin querer. Lo que es más infrecuente es que se recuerde el significado original del término griego, que carece de traducción inequívoca. Según algunos, quiere decir «agarrador» o «anudador». Según otros, «exprimidor», o incluso «estrangulador». En cualquiera de los casos, mejor no recurrir a la etimología, ¿verdad?

Javier Marías. 22 de enero de 2012.

4.El senyor Martí i el seu pare

Cuanto escribimos en prensa estamos acostumbrados a recibir cartas de protesta y reproche. A menudo son agrias, u ofensivas, en ocasiones insultantes. Debe de ser cosa de estos tiempos, en los que ha disminuido la cortesía. A veces le afean a uno haber dicho lo que no ha dicho o callado lo que no ha callado, lo cual —todavía, lo reconozco— resulta un poco desesperante: «¿Qué diablos han leído o han creído leer?», se pregunta uno. «¿Es defecto mío (tan mal me sé explicar) o de ellos (saben leer, pero no entender un texto breve)?». Hay quienes se la tienen jurada al columnista y *no quieren* atender a lo expresado por éste, sino que «deciden» cuál ha sido su postura o sus palabras, para así arremeter contra él. Un tipo de corresponsal con el que todos estamos familiarizados es el que toma invariablemente la parte por el todo, el ejemplo por la norma, el caso por la generalidad. Si uno cuenta su desagradable experiencia con *un* funcionario, o con *un* taxista, o con *un* policía, habrá funcionarios, taxistas o policías que se den por aludidos y vean la anécdota como un ataque global a sus respectivos gremios. A estos individuos susceptibles es a quienes menos atención hay que prestar.

Pero para todo hay excepciones, y hace unos días me llegó una carta que en verdad me hizo desear no haber escrito una frase que escribí aquí hace siete semanas, aunque sólo sea por haberle causado un sinsabor a mi gentil remitente, que me hacía su reproche «sin acritud» y con extremada educación. El señor Josep Martí Barberà, de La Masò (Tarragona), se quejaba de que en mi pieza «Adolescentes

como bisabuelos» hubiera dicho de aquéllos (de los actuales, y a tenor de una encuesta reciente): «... en lo relativo a su concepción de las relaciones sentimentales o de pareja, son unas antiguallas, unos simples y unos catetos de mucho cuidado, y su visión es en esencia la misma que la que podían tener los campesinos más ignorantes y arcaicos bajo la Dictadura de Primo de Rivera ...» (de ahí que los asemejara a sus bisabuelos, ni siquiera a sus abuelos).

Me cuenta el señor Martí que tiene ochenta y dos años, que desde los catorce ha trabajado en el campo, que su padre fue agricultor en tiempos de Primo de Rivera, «tenía libros, un diccionario y en el pueblo de cuatrocientos habitantes se 'divertían' con su grupo de teatro, y como él muchos más. No era un hacendado sino un humilde agricultor». Amablemente, me incluye la fotocopia de un cartel del 8 de marzo de 1936 en el que se anuncia una de esas funciones («*Grandiós esdeveniment teatral*», se lee arriba), en cuyo reparto figura su progenitor. El señor Martí continúa (espero que no le moleste que lo cite; si sí, mil perdones): «No creo que usted pueda imaginarse lo feliz que me sentía, por los años cincuenta y sesenta, cuando ya antes de salir el sol me encontraba labrando la vinya, con mi esposa todavía en esta cama, cuidando a mi rubita niña y mi robusto hijo, y soñando un día poder comprar aquella huerta de avellanas, yo que sabía contabilidad y escribir a máquina, no podía imaginar que alguien del lejano Madrid pudiera equipararme de 'cateto', 'ignorante' y 'arcaico'. He leído infinidad de veces, campesinos-ignorantes, como si otros obreros de las ciudades fueran más ilustrados...».

No hace falta decir que me apresuré a contestarle. Me permitía señalarle que mi frase, por fortuna, había sido «los campesinos más ignorantes y arcaicos», y no «los campesinos ignorantes ...», lo cual habría sido imperdonable, pues habría dado a entender que todos lo eran, y jamás he pensado tal cosa. Aun así, le escribí, comprendía que hubiera leído el párrafo en cuestión con amargura, y me disculpaba

por él. Pero no me ha parecido suficiente, y de ahí esta pública rectificación o matización.

El señor Martí y su padre pertenecen sin duda a esa clase de personas dignas y admirables que cada vez se dan menos en nuestro país. Aun a riesgo de ponerme cursi (creo que no suelo serlo), conmueve la gente que, sin tenerlo fácil, ha procurado instruirse y ha considerado un tesoro cuanto conseguía en ese terreno. Me conmueve en particular que el señor Martí destaque con orgullo que su progenitor tenía «un diccionario», eso a lo que tantos individuos restan hoy toda importancia y a lo que otros se la han dado máxima, preocupados por saber con precisión lo que las palabras significan y por escribir sin faltas de ortografía y con propiedad, precisamente lo que demasiados desdeñan ahora con soberbia («Qué más da»). Al lado de quienes alcanzan la Universidad sin saber redactar dos frases con sentido; de quienes tienen a gala exhibir su incultura en las tertulias de las televisiones y radios; de los numerosos políticos que, con sus carreras terminadas y sus puestos de responsabilidad, hablan como perros y son incapaces de construir una sola oración coherente y correcta ante un micrófono o en el Parlamento, campesinos como este señor Martí son dignos de alabanza y del mayor respeto. Si incurrí en el común error de atribuir más ignorancia y arcaísmo a la gente de campo que a la de ciudad, la verdad es que basta pasear por estas últimas para darse cuenta de que son incontables los descerebrados y cafres que pululan por ellas, algunos con títulos superiores y lo que ustedes quieran, pero que no parecen haberse asomado en la vida a un libro ni menos aún a un diccionario. Una vez más lo lamento de veras, mi querido señor Martí.

Javier Marías. 29 de enero de 2012.

5. De cómo M y F me han quitado del fútbol

Mi pareja es barcelonesa y muy del Barça, y durante años, cada vez que había un enfrentamiento entre su equipo y el Real Madrid, nuestra buena relación se veía momentáneamente en peligro. Alguna ocasión ha habido en que hemos evitado hablarnos un día o dos, hasta que se hubiera disipado el mal humor de quien hubiera saboreado la derrota, sobre cuya justicia o injusticia solíamos discrepar, como es natural. Eran fechas delicadas. Ahora ya no lo son, y me parece que ella echa de menos la antigua tensión, los viejos piques, tengo la impresión de que se divierte menos sin ellos, pese a los enfurruñamientos pasajeros a que daban lugar. «Hace mucho que no te concentras antes de los partidos», me reprochó hace poco, justo antes del de ida de los cuartos de final de Copa, en Chamartín. «No es culpa mía, sino de Mourinho», le contesté. «Con él ya sé lo que va a pasar», y le pronostiqué un 1-2, de la misma manera que en el anterior choque de Liga le había vaticinado un 1-3. Ambos resultados se cumplieron, quizá debería jugar a las quinielas o apostar en Internet.

Hace casi nueve meses que publiqué aquí mi último artículo futbolero, titulado «Un chamán de feria». Entre otras cosas, decía en él de Mourinho: «... un entrenador omnipotente, omnipresente y malasangre, un quejica que acusa a otros siempre, un individuo dictatorial, ensuciador y enredador, soporífero en sus declaraciones, nada inteligente, mal ganador y mal perdedor ...». Más adelante, el excelente periodista John Carlin comentó que en su momento le